

ESPAÑA

La viril, la tradicional, la legendaria España, ha sacudido en conmoción violenta los antiguos prejuicios que la tenían postrada en los antros del oscurantismo, probando con esto, que su raza es capaz en el momento dado, de entrar al carril de la civilización. Con altiva gallardía ha exclamado: *basta ya*.

El cable en sus vibraciones nos trae de la *vieja legendaria* el eco de la evolución; ya era tiempo, se quedaba demasiado atrás, bastantes años ha sido víctima de los buhos de las tinieblas; los repetidos golpes de sus eternos verdugos enclaustrados la hicieron despertar del sopor que la amorfina.

Empieza á contemplarse la caída de las viejas instituciones que al derrumbarse lanzan el grito lastimero de la impotencia. *Qué caigan!* qué caigan! para que en un paso entremos de lleno á disfrutar la deslumbrante luz del siglo XX.

Es hora: por doquiera se nota otro ambiente; se aspira otro aire; se vive otro temperamento.

Es hora: el clarín de la reivindicación toca diáfnas llamando á sus hombres y ensaya la marsellesa que tarde ó temprano con sus notas sonoras emancipará á la Humanidad de sus amos, ya vengan del Capitolio ó ya vengan del Claustro.

Es hora: ayer fué Francia, hoy es España, hoy es Portugal también; mañana, . . . no lo sabemos, pero lo presentimos, quizá Austria, quizá Alemania; lo cierto es que se percibe otra voz que pronto se volverá sonora haciendo temblar, haciendo pensar.

El León Hispano sacude la melena y mira frente á frente á su enemigo; á esta actitud noble y franca responden los buhos de las tinieblas con la amenaza y se alejan graznando.

En la Cámara, Pablo Iglesias cristalizando las aspiraciones de sus representados.

En la calle, el Pueblo español verificando hermosas manifestaciones que revelan sus capacidades.

En la Cámara, Pablo Iglesias derrumbando y edificando; con su verbo hundiendo los convencionalismos sociales.

En la calle, el Pueblo mostrando su número; mostrando sus fuerzas.

Abrid paso á los avanzados !!

O. M.

Noticias de Cartago

Casas obsequiadas por la Cruz Roja para los damnificados pobres

Es de lamentarse sinceramente la poca justicia que ha habido en el reparto de dichas casas, pues los pobres siempre son mirados con ojos de impiedad por los descorazonados de arriba. Ha habido el caso de uno de estos infelices que con las lágrimas brotadas ha llegado á mendigar una hoja de zinc y se le niega con un *gesto monárquico* ocultando el sinnúmero de quintales que conserva como reliquia «La Junta de Socorros»; y no sólo se le desprecia vilmente la solicitud, sino que también se le contesta con argumentos ilícitos que dan á conocer la impotencia del pueblo, del infortunado, ante el *orgullo desmedido de los privilegiados*.

Los favorecidos con las casas han sido hasta ahora los siguientes: doña María Tinoco v. de Jiménez, don Tadeo Mora, don Juan Luis Vargas, doña Matilde v. de Guier, Srita. María Gutiérrez, Mrs. Renauld de la Croix, doña Josefa Carazo, doña Rosa Coto v. de Dittel, doña Francisca Sáenz v. de Alvarado, doña Ramona Rojas, doña María v. de Membreño y Sra. María Du Four. Como se verá entre estas 12 personas con dificultad hay 3 que con justo merecimiento son acreedoras á tal protección, las demás son acomodadas unas, y otras pertenecientes á familias que tienen medios de que vivir holgadamente.

Da lástima ver familias sumidas en la verdadera desgracia, como mujeres solas hasta con 10 hijos pequeños todos, que se quejan de no haber recibido la más mínima protección; y que cada vez que ven alguno que lleva un *gran papel debajo del brazo anotando los ranchos existentes*, creen que se trata de repartir casas y corren sumidos en llanto tras él, suplicándole anotar su nombre.

Y conste que á propósito de esto, ha habido ya más de 4 excursiones de comités compuestos de 3 ó 4 personas *distinguidas* de esta ciudad, que dirigiéndose de rancho en rancho preguntan por el abuelo, hijos y hasta el perro de la casa, cuyos nombres van acompañados de un sin fin de detalles de vida interna. Se quedan luego en cada rancho poseídos de una alegría de burro, haciendo comentarios sobre dichas investigaciones, creyendo que se trata de obsequiarles una casa ó de descubrir algún crimen ó robo.

De las personas arriba mencionadas que han recibido casa, una de las verdaderamente acreedoras es doña María du Four, no es ni costarricense ni vecina de Cartago, pero poseída de un cariño más intenso que los nuestros, supo en los días de la fatalidad del terremoto, poner en práctica los preceptos de la caridad, pidiendo limosna, sufriendo desaires, para socorrer á los desgraciados agoviados por el hambre. Ejemplo tan digno de una mujer sola y pobre es de imitarse y agradecerse; en verdad que los extranjeros fueron los que dieron pruebas más evidentes de su energía y cariño por Cartago; me refiero á esos extranjeros que trabajaron por el prurito de servir, y no á otros que miraron la cosa *por doble sentido*, para explotar y aprovechar á su antojo.

Ya es hora que el Gobierno se vaya tomando más empeño en dilucidar asuntos de tan vital importancia, que invierta el dinero en obras de justicia, obras de protección, en reconstruir Cartago, y no en preparar hombres para la guerra como se hace aquí. El pueblo debe instruirse para que conozca sus deberes para consigo mismo y para con la sociedad; y para hacerlo apto para el trabajo que es el enigma de los países honrados y civilizados.

Pero si á uno de los soldados que componen las fuerzas extraordinarias de esta ciudad se le pregunta:

«¿Qué deberes tiene todo ciudadano para con la patria?»

En una posición muy característica, á manera de una estatua desplomada contesta como un rayo: «Defender á la patria de las invasiones extranjeras por medio de las armas, para lo cual debe dedicarse al estudio de ellas el tiempo de paz».

En lugar de decir que debe defenderse á la patria de las crisis; de la desmoralización, de las epidemias pecuniarias, para lo cual debe emplearse el tiempo de paz en el fomento de las artes y oficios, de la agricultura y las industrias.

Es muy triste que Costa Rica, país libre, pacífico y laborioso, se remonte á las épocas de barbarie, en que todo se arreglaba por la fuerza.

En esto se emplea el dinero aquí en Cartago, y en mantener sueldos elevadísimos de un cierto grupo de señores revestidos de carácter militar, y que en suma no vemos ni el provecho ni la necesidad de sus servicios; gente que se lleva una vida de grandes hacendados con una lujosa representación oficial, y total nada.

Economícese que de otro modo nuestra desgracia aumentará cada día más.

Para terminar diré que las intransigencias han llegado hasta el grado de hostilizar de una manera indecorosa las pobres familias que noteniendo donde alojarse, viven desde el terremoto en galerones que se fabricaron en la Plaza Iglesias para el efecto. No teniendo la franqueza ó desfachatez de decirles váyanse, busquen madre que los envuelva, lo han hecho cercando toda la plaza al rededor con alambre, dejando una sola puerta de entrada; de tal modo que los que habitan allí no pueden entrar ni salir sin solicitar permiso de la Comandancia y valiéndose de mil requisitos. ¿Estamos todavía en tiempo de sitio? No vemos el fundamento de medidas tan humillantes; pues en vez de ocupar la Plaza en lujos militares que á nada conducen, debían dedicarla á construir alojamientos para gente pobre.

Con unos 200 hombres que tengan trabajando y uno ó dos jefes es suficiente, en cambio de mantener ese foco de soldados y militares, que son los que en realidad ocasionan los escándalos de la Plaza.

Deben, pues, tomarse medidas que subsanen todos estos defectos.

UN OBSERVADOR

Cartago, 12 de agosto de 1910.

La previsión y el ahorro

Cuando uno es joven, activo y lleno de salud, no piensa en el porvenir; se contenta con gozar del presente. El obrero gasta cuanto gana, porque cree que el trabajo no le faltará jamás. En efecto, puesto que en esta tierra nada obtenemos sino con el sudor de nuestra frente, si el buen obrero no falta á la obra, la obra no falta nunca al obrero; pero las enfermedades, la vejez, las dolencias de todo género, harán un día del hombre de corazón, un hombre sin energía y sin poder para trabajar. Cuando estamos sanos y vigorosos, es cuando debemos pensar en el tiempo de las enfermedades y de la debilidad.

Cada hombre se compone de dos seres que se suceden: el primero tiene todo el ardor de la juventud, el trabajo es su vida; el segundo está gastado por la edad y la fatiga, el descanso es su necesidad. ¿Quién, si no el primero, será el que alimenta al segundo? ¿Y cómo cumpliría aquél con ese deber? Dividiendo en dos partes el salario de su trabajo; empleando la una en satisfacer sus necesidades presentes, guardando la otra para sus necesidades futuras.

Quien no se conduce así, envejecerá en la desgracia, se verá agobiado por

la más espantosa miseria, y deseará la muerte, única que le puede liberarle de sus dolores. Pero no basta dejar algo á un lado todos los días; es necesario saber, es necesario comprender los medios de guardarlo con ventaja y con seguridad. La economía consiste en hacer ahorros y la previsión en sacar de ellos el mejor partido posible.

Supongo que un padre de familia gane al día seis pesetas de á 20 centavos. Gaste tres, y guarde otras tres que esconde con cuidado en algún lugar secreto, en que tiene siempre sus ojos. Los temores, las inquietudes aumentan á medida que engruesa su tesoro. Vela, hace la guardia. No sólo debe temer á los ladrones; tiene todavía un enemigo más poderoso; la tentación. ¡Feliz si un día de fiesta, arrastrado por amigos, no echa mano él mismo de la reserva de sus viejos días! En fin, después de veinte años de una vida laboriosa y de una guardia constante, sus tres pesetas al día lo hacen poseedor de 18,700 pesetas ó 3,740 pesos. Compra unas cuantas hectáreas de tierra, y tiene, suyo propio, un pedazo de pan para su vejez.

¡Cuántas penas y cuidados, qué azares para amontonar esa suma!

Sin embargo, habría podido aumentarla mucho más, sin tantas inquietudes, y vivir durante los años de trabajo, con más comodidad é imponiéndose menos privaciones.

En lugar de encerrar en su alcancía tres pesetas cada día, coloque sólo dos en la caja de ahorros; esas dos pesetas formarán pronto una suma bastante fuerte. Añada siempre á esas cantidades el producto de las rentas que adquiere, y al cabo de veinte años sus dos pesetas al día le darán más de tres pesetas porque tendrá cerca de 5 000 pesos. Colocando menos tiene más; colocando menos, ha vivido con más comodidad; colocando menos, pero en una caja al abrigo de los ladrones, al abrigo de las tentaciones de todo género, ha evitado las inquietudes y los cuidados.

Esta admirable institución de las cajas de ahorros, tan útil sobre todo, para la clase obrera, producirá este grande y precioso resultado, que los hombres del campo y los obreros de las ciudades tomarán el hábito de la economía; y tendrán, por consiguiente, más orden en el espíritu y en la conducta.

Comenzad desde temprano, queridos niños, desde que en el aprendizaje de un oficio ganéis algo, sed un poco económicos y llevad una parte de vuestros beneficios á la caja de ahorros, si la hay en el lugar en que residís, ó si no, asociad con otros, consultad á los hombres de buenas ideas y conocimientos y fundad una. Depositad en ella vuestros ahorros, y así haréis el presente más feliz y el porvenir menos precario.

Que los hombres del pueblo, á quienes está especialmente destinado este librito, mediten un momento en su situación presente y sobre su porvenir miserable; que piensen que una vida laboriosa y económica les dará una vejez tranquila; que las orgías de los domingos y los ocios del lunes, no les dan más que los estúpidos placeres del momento, y les privan de los ahorros de la semana, que, bien colocados, les proporcionarían un pau seguro en sus enfermedades, un descanso para su vejez, un patrimonio para su mujer viuda y sus hijos huérfanos, y lo que es más que todo, la satisfacción de la buena conciencia, pura flor que perfumará sus últimos momentos!

La gran masa del pueblo sólo podrá aspirar á que se le estime como ilustrada, cuando los hábitos de la economía le hayan dado el bienestar material, la independencia del proletario, y el tiempo necesario para cultivar y educar su inteligencia.

(De El Lector Americano)

Envío de J. Albertazzi Avendaño.